

La época de lo efímero

Luis González-Carvajal Santabárbara *

Si algo caracteriza nuestro entorno exterior es el cambio; más aún, el cambio rápido, vertiginoso. Nuestras relaciones con las cosas –utensilios, instrumentos de trabajo, ropa y vestido, alimentos– son radicalmente distintas a las que establecieron nuestros padres con su entorno exterior. Tanto que afectan, y no de cualquier manera, a nuestras relaciones interpersonales, haciéndolas cada vez más cambiantes y, posiblemente, menos satisfactorias. El hombre de hoy está en permanente tránsito. Un tránsito que le dificulta vivir con relativa calma su vocación y le obliga a discernir continuamente para alejarse del politeísmo de los valores, del relativismo y nihilismo y acabar siendo él mismo.

«Lo alarmante es que en este tiempo no sólo las cosas cambiables están cambiando, sino también las no cambiables. Y esto es lo que resulta un peligro, aun para mí. No sólo el vestido y las costumbres y los balances de los bancos y el orden social, sino también el mar y el cielo y la abadía de Westminster».

(CHARLES MORGAN)¹

Tiempo de cambios profundos y acelerados

Mi propósito es reflexionar en estas páginas sobre las siguientes

* Profesor Propio Ordinario. Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

¹ MORGAN, CHARLES, «The constant things», en *Reflexions in a Mirror*, Second Series, London, 1946, p. 66.

palabras del Concilio Vaticano II, que pueden parecer triviales pero están cargadas de consecuencias: «El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados»².

Ciertamente todas las sociedades –sin excepción– han cambiado, cambian y cambiarán. Pero en el pasado los cambios eran tan lentos que pasaban desapercibidos a lo largo de la vida de un ser humano. Pensemos por ejemplo que, desde la introducción del arado alrededor de 3.500 años antes de Cristo, los métodos agrícolas se conservaron sin apenas modificaciones en Europa hasta los comienzos de la Edad Moderna. Los estilos literarios o artísticos, así como las escuelas filosóficas, solían estar vigentes durante varias generaciones. En el antiguo Egipto, el mismo tipo de vestido-túnica, común a los dos sexos, se mantuvo durante casi quince siglos con una permanencia prácticamente absoluta; en Roma, la indumentaria masculina, la toga y la túnica persistieron, variando sólo algunos detalles, desde los tiempos más lejanos hasta el final del Im-

perio; el kimono japonés ha permanecido inalterado durante siglos...

Por otra parte, según la UNESCO, en el siglo XVI las escasas novedades que podían producirse apenas llegaban al 2 por 100 de la población mundial. En nuestros días no sólo se multiplican las novedades, sino que llegan al último rincón de la tierra en cuestión de minutos gracias a la radio, la televisión e internet. Cuando Cristóbal Colón descubrió América el 12 de octubre de 1492, hicieron falta cinco meses para que los Reyes Católicos conocieran la noticia; y todavía cien años después la mitad de los europeos no se habían enterado. En ese tiempo nadie había pasado por su aldea para contárselo. En cambio, cuando el 21 de julio de 1969 el comandante Neil Armstrong puso su pie en la Luna, mil millones de personas presenciábamos en directo aquel acontecimiento a través del televisor.

Génesis del «homo transitorius»

Esos cambios profundos y acelerados han hecho que aparezca una nueva especie: el «homo transitorius». Estamos rodeados de cosas efímeras y la mentalidad del «tírse después de usarlo» se aplica ya a casi todo. Lo comprobaremos

² CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 4 b (*Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar*, BAC, Madrid, 7.^a ed., 1970, p. 264).

empezando por lo más intrascendente (las cosas) para ir acercándonos después a lo más importante (las ideas y las personas).

En el pasado las relaciones del hombre con las cosas eran de tipo cuasi-sacramental. Por ejemplo, cuando unos personajes de Steinbeck, con motivo de una mudanza, discuten si llevarse o no algunas cosas viejas, el argumento definitivo para conservarlas fue: «¿Cómo podremos vivir sin nuestras vidas? Sin nuestro pasado, ¿cómo sabremos que somos nosotros mismos?»³.

En cambio, en nuestros días las relaciones del hombre con las cosas son cada vez más fugaces: la industria estudia formas de acortar la vida útil de los productos para garantizar ulteriores ventas y, en el límite, han proliferado los objetos de un solo uso («Dodotis», «Kleenex», envases desechables e incluso trajes de novia de papel). ¡Qué lejos queda ya el afecto entrañable de nuestros abuelos por sus cosas «de toda la vida»! El hombre de hoy desea renovar continuamente su equipamiento.

Es imposible dejar de mencionar aquí el fenómeno de la moda, cali-

³ STEINBECK, JOHN, *Las uvas de la ira* (*Obras completas*, t. 1, Luis de Caralt, Barcelona, 1957, p. 113).

ficada por Lipovetsky como «el reino de lo efímero sistemático, de las fluctuaciones cercanas sin futuro»⁴. En realidad, los responsables de la moda cumplirían mal el encargo recibido si no la hicieran cambiar con frecuencia. Una moda mantenida durante mucho tiempo dejaría automáticamente de ser moda para convertirse en uso o en costumbre.

También son fugaces las relaciones de los hombres con el espacio. Se calcula que en Estados Unidos cada seis años cambia de residencia algo más de la *mitad* de la población⁵, lo que obliga a los departamentos de publicidad a gastar grandes cantidades de dinero para mantener actualizadas sus bases de datos.

Más fugaces todavía son las relaciones laborales: la sustitución de los contratos indefinidos por contratos temporales condena a millones de trabajadores al nomadismo profesional; muchas Empresas de Trabajo Temporal (ETT) ofrecen los servicios del personal más variado –desde empleadas de hogar

⁴ LIPOVETSKY, GILLES, *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Anagrama, Barcelona, 1990, p. 29.

⁵ BELL, DANIEL, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza, Madrid, 1976, p. 363.

hasta ingenieros de industrias paramilitares— por meses e incluso por días; y los tabiques interiores de las oficinas modernas pueden desplazarse a voluntad para ir adaptando el espacio físico a los continuos cambios del organigrama (el tabique móvil es quizás un buen símbolo de la sociedad transitoria). Cuando comparamos todo esto con los trabajadores de ayer, que se jubilaban en la misma empresa donde entraron de aprendices o de botones a los doce años, comprendemos fácilmente que esté desapareciendo la antigua «lealtad» a la organización.

También las personas se «gastan» enseguida. Ayer los gobernantes solían permanecer varias décadas al frente de sus países, tanto en las dictaduras como en las democracias. Pensemos en Churchill, Stalin, Roosevelt, De Gaulle, Ho Chi-minh, Franco, Tito, Mao Tse-tung... En cambio ahora —con palabras de Fernando Savater— «se lleva el político tampax, de usar y tirar»⁶.

Las relaciones interpersonales también son cada vez más fugaces. Es probable que quienes vivimos en una gran ciudad establezcamos en una semana más contactos con otras personas que el campesino medieval en toda su

vida, pero la mayor parte de ellas son «relaciones sin mañana».

Quizás no seamos demasiado conscientes de ello, pero cuando damos por buena la lógica del «tírrese después de usarlo», es difícil limitarla a las relaciones con las cosas sin que acabe contaminando las relaciones con las personas: «Después de todo —escribe Bauman—, autos, computadoras o teléfonos celulares perfectamente usables y que funcionan relativamente bien van a engrosar la pila de desechos con pocos o ningún escrúpulo en el momento en que sus “versiones nuevas y mejoradas” aparecen en el mercado y se convierten en comida de todo el mundo. ¿Acaso hay alguna razón para que las relaciones de pareja sean una excepción a la regla?»⁷.

Desde luego, esperar que en el tiempo de lo efímero un matrimonio dure toda la vida es esperar mucho. La revista sueca *Svensk Danitidning*, que consultó a varios especialistas sobre el futuro de la relación hombre-mujer, presentó sus conclusiones en cinco fotografías que mostraban a la misma linda novia en el momento de cruzar el umbral de su hogar en brazos

⁶ *El Correo Catalán*, 5 de abril de 1981.

⁷ BAUMAN, ZYGMUNT, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 6.ª reimp., 2011, p. 29.

de... cinco maridos diferentes; como la mujer samaritana del Evangelio (Jn 4, 18).

Por último, son igualmente vertiginosos los cambios de mentalidad; y lo que ayer nos parecía verdad certísima se nos vuelve de repente ficción insostenible, provocando en algunos casos verdaderas metamorfosis de la personalidad. En un libro que fue muy popular tiempo atrás, Alvin Toffler escribía hiperbólicamente: «Nuestros viejos amigos, los que nos conocían de una encarnación anterior, fruncen las cejas. Cada vez les cuesta más reconocernos, y, en realidad, también nosotros experimentamos una creciente dificultad en identificarnos, o incluso en simpatizar con nuestros pasados “egos”»⁸.

Psicología del «homo transitorius»

En los tiempos caracterizados por escasos cambios, y además muy lentos, la palabra «novedad» tenía resonancias negativas, que ha dejado huellas en la sabiduría popular (recordemos, por ejemplo, aquello de «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer»; «lo viejo, bien se probó; lo nuevo, valdrá o no»; «quien dijo *novedad*,

dijo *no verdad*» ...). Los tratados teológicos, por ejemplo, tenían una sección titulada «contra innovadores». Todavía es así en el lenguaje militar: en los cuarteles, «sin novedad» equivale a «todo va bien».

En cambio, en nuestros días, caracterizados según hemos visto por cambios rápidos y acelerados, es frecuente valorar positivamente lo nuevo simplemente por ser nuevo. Recordemos, por ejemplo, cómo el partido que ganó las elecciones legislativas de 1982 se sirvió de un eslogan que decía sólo: «Por el cambio».

Intentemos aproximarnos a la psicología del «homo transitorius»:

Dificultad para adquirir certezas

Los conocimientos se adquieren hoy con «fecha de caducidad». Según estimó la Comisión Europea en un Informe del 24 de mayo de 1991, las competencias técnicas tienen una vida aproximada de diez años y el capital intelectual se deprecia un 7 por 100 por año⁹. No es demasiado diferente la situación de los saberes de carácter ideológico. Pensemos en la rápi-

⁸ TOFFLER, ALVIN, *El «shock» del futuro*, Plaza & Janés, Barcelona, 1981, p. 226.

⁹ Cit. en SÉLYS, GÉRARD DE, y HIRTT, NICO, *Tableau noir. Résister à la privatisation de l'enseignement*, Editions EPO, Bruxelles, 2^{ème} ed., 2003, p. 30.

da sucesión de modas culturales: «Nunca como en nuestras sociedades –dice Lipovetsky– ha experimentado el cambio en materia de orientación cultural e ideológica una precipitación semejante. (...) Se han sucedido o superpuesto en el *hit-parade* de las ideas la contracultura, la psicodelia, el antiautoritarismo, el tercermundismo, la pedagogía libertaria, la antipsiquiatría, el neofeminismo, la liberación sexual, la autogestión, el consumismo, la ecología. Paralelamente, han causado furor en la esfera más propiamente intelectual el estructuralismo, la semiología, el psicoanálisis, el lacanismo, el althusserismo, las filosofías del deseo, la “nueva filosofía”». Se pasa de uno a otro «no por un cambio crítico, sino por desinterés: ha pasado una fiebre y se inicia otra con la misma fuerza epidérmica. Al final, se cambia de orientación en el pensamiento como se cambia de residencia, de mujer o de coche»¹⁰.

Evidentemente, en un tiempo tan cambiante es muy difícil adquirir certezas. Si los usos de ayer resultan risibles hoy, ¿por qué habríamos de tomar en serio las normas que en su lugar nos proponen?

¹⁰ LIPOVETSKY, GILLES, *El imperio de lo efímero*, Anagrama, Barcelona, 1990, pp. 270-271.

Y más todavía teniendo en cuenta que en realidad nos proponen las cosas más dispares sin que exista ya ningún «centro» espiritual que brinde autoridad. En el mercado de opiniones y creaciones todo cabe, incluso las extravagancias, porque los patrones culturales vigentes consideran indecoroso poner en duda que la mercancía cultural ofrecida por cualquiera tiene tanto valor como la de los demás. De forma jocosa decía Fernando Poblet: «Hace no sé cuántos años dijo no sé quién que cualquier objeto despojado de su función ordinaria es arte. Esto significa que si encuentras un retrete colgado del techo no intentes la meada parabólica, antes bien consulta el catálogo»¹¹. Fue profético: Tres años después, el 6 de octubre de 1988, publicaba *El País* una foto tomada en una exposición en la que exhibían un retrete colgado del techo, ante el cual había un ciudadano pensativo.

Max Weber anunció ya el «politeísmo de los valores», ante el cual sólo le queda a cada uno «hacer lo que su dios o su demonio le manden»¹². La gran ventaja del poli-

¹¹ POBLET, FERNANDO, *Contra la modernidad*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1985, p. 137.

¹² WEBER, MAX, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 2.ª ed., 1982, p. 226.

teísmo de valores es la libertad de elección que permite, pero el precio que debemos pagar por esa libertad es la inseguridad. Refiriéndose a un viajero que había recorrido mucho mundo, dice Balzac: «No tuvo ya nociones fijas sobre lo justo y lo injusto al ver tildar de crimen en un país lo que en otros era virtud»¹³. Hoy no hace falta viajar mucho para constatar esas diferencias. Basta mirar alrededor.

El politeísmo de los valores fortalece las convicciones en las grandes personalidades, capaces de sopesar críticamente las razones de unos y otros, pero lleva al relativismo más absoluto a la gran mayoría. «Lo que yo cuento aquí –escribió Nietzsche en *La voluntad de poder*– es la historia de las próximas dos centurias. Describo lo que vendrá, lo que no podrá menos que venir: el advenimiento del nihilismo»¹⁴.

Dificultad para asumir compromisos duraderos

En un tiempo tan cambiante es igualmente muy difícil asumir compromisos duraderos. Un per-

sonaje de Oscar Wilde decía: «¡Siempre! Es una palabra terrible. Me hace estremecer cuando la oigo»¹⁵. De hecho, la objeción más común frente al sacerdote o la vida religiosa suele expresarse en estos términos: «Yo sé lo que quiero hoy, pero no tengo la menor idea de lo que puedo querer dentro de quince años o incluso el mes que viene, de modo que no puedo hipotecar de por vida mi libertad».

Por eso mismo se prefiere el amor libre al matrimonio. En España las tasas de nupcialidad han descendido desde 7,73 matrimonios por cada mil habitantes en 1973 hasta 3,82 en 2009¹⁶. Incluso el noviazgo está en crisis. Se generaliza la imagen alegre, insustancial, de los enamorados que «dentro de un mes o dentro de un año»¹⁷ dejarán de amarse y no comprenderán siquiera que hayan podido quererse tanto. Es lo que Schelsky ha llamado el «sexo frío» (*cool sex*), orientado al placer breve y puntual, sin ambi-

¹⁵ WILDE, OSCAR, *El retrato de Dorian Gray (Obras completas)*, Aguilar, Madrid, 12.^a ed., 1972, p. 106).

¹⁶ Fuente: Instituto Superior de Estadística: <http://www.ine.es/jaxi/tabla.do> (consultado el 31 de marzo de 2011).

¹⁷ Recuérdese la famosa novela de FRANÇOISE SAGAN, *Dentro de un mes, dentro de un año (Obras, t. 1)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1963, pp. 397-568).

¹³ BALZAC, HONORÉ DE, *Eugenia Grandet, (Obras completas, t. 2)*, Aguilar, Madrid, 1991, p. 490).

¹⁴ NIETZSCHE, FRIEDRICH, *La voluntad de poder (Obras completas, t. 4)*, Prestigio, Buenos Aires, 1970, p. 421).

ciones de establecer relaciones excluyentes ni duraderas.

En la audiencia general del 11 de octubre de 1972 afirmó Pablo VI que «la fidelidad no es la virtud de nuestro tiempo»¹⁸. No quería decir sólo que se rompan con frecuencia los compromisos previamente asumidos –eso también ocurría ayer–, sino que tales rupturas ya no generan culpabilidad porque la fidelidad ha dejado de considerarse valiosa. Debe ser verdad porque hace unos años la campaña publicitaria de un famoso vodka se basó en la imagen de un hombre y una mujer con gesto enfurruñado situados en los extremos de un sofá muy largo con el eslogan «si quiere usted romper fidelidades, pásese a X». Y es sabido que los publicistas estudian cuidadosamente sus mensajes para estar seguros de que suscitarán reacciones positivas en el público.

Es muy importante comprender que quienes rehúsan asumir compromisos duraderos para no hipotecar su libertad están manejando un concepto erróneo de libertad. Su «libertad» es como la de la hoja caída del árbol, que el viento la lleva de un lado a otro. Las personas verdaderamente libres, por el

¹⁸ PABLO VI, *Enseñanzas al pueblo de Dios*. 1972, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1973, p. 165.

contrario, son capaces de coger con sus propias manos las riendas de sus vidas sin que los acontecimientos les impongan su voluntad. Ser «libres como los pájaros» no es ser libres en absoluto; se trata de ser «libres como los hombres» (Nietzsche escribió una vez que el hombre es distinto del animal porque, no estando sometido a los automatismos de los instintos, puede hacer promesas)¹⁹.

Dificultad para el diálogo fe-cultura

Sin duda, las épocas de cambios profundos y acelerados hacen muy difícil el diálogo de la fe con la cultura, porque, como decía Peter Berger, «el que quiera casarse con el espíritu de su época, pronto se quedará viudo»²⁰.

La dificultad comienza ya a la hora de comprender la propia cultura. «Es preciso haber nacido con una inclinación bien pronunciada hacia la observación de las costumbres –escribía Mesonero Romanos– para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transición y de movilidad pro-

¹⁹ NIETZSCHE, FRIEDRICH, *La genealogía de la moral (Obras completas, t. 3, Prestigio, Buenos Aires, 1970, p. 920).*

²⁰ BERGER, PETER L., *Rumor de ángeles*, Herder, Barcelona, 1975, p. 48.

digiosa que alcanzamos. Si la primera circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad completa del original, ¿cómo pretender alcanzar aquélla cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y a cada momento?»²¹. Esto lo escribió el autor nada menos que en 1837. Desde entonces el problema se ha acrecentado.

Posturas ante el cambio

En este tiempo de cambios profundos y acelerados caben tres posturas distintas:

1. *Vivir «como si» nada hubiera cambiado*

Encontramos un primer grupo de personas a quienes los cambios producen profundo desasosiego. Larra, por ejemplo, escribía: «Nunca pude llevar con paciencia la inconstancia del siglo. Una sola oficina he tenido en toda mi vida, una sola peluca, un mismo sastre, un zapatero no más, una propia tertulia»²². Angustiadas por los cambios, muchas de estas personas han

optado por vivir como si nada hubiera cambiado: buscan seguridad en grupos rígidos (integristas, paramilitares, etc.), cierran las puertas del convento o de su casa, se dan de baja en la suscripción de la revista X porque «perturba la fe de los hermanos», buscan «sacerdotes seguros» para hacer ejercicios, etc. Pero es imposible vivir «como si» cuando no es «como si», y antes o después la psicología les pasará la factura.

A veces no son individuos aislados, sino todo un pueblo, quien se niega a aceptar los cambios. Podríamos decir que el franquismo fue un intento colectivo y autoritario de cerrar el paso a la modernidad.

2. *Dejarse arrastrar por los cambios*

Otros han decidido huir hacia delante y, en vez de negarse a aceptar los cambios, se dejan arrastrar por ellos. Esta postura es mucho más frecuente en nuestros días. Maritain observaba «una fijación obsesiva sobre el tiempo que pasa, la cronolatría epistemológica. Ser superado es el *sheol*»²³.

Para «la exacerbada autoconciencia de la necesidad de ser lo más

²¹ MESONERO ROMANOS, RAMÓN, *Escenas matritenses*, Aguilar, Madrid, 1945, p. 371.

²² LARRA, MARIANO JOSÉ DE, *La educación de entonces (Artículos completos)*, Aguilar, Madrid, 3.ª ed., 1968, p. 422).

²³ MARITAIN, JACQUES, *El campesino del Garona*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1967, p. 40.

modernos posible, no hay ni criterios de verdad, ni criterios de discernimiento, sino sólo criterios de condena de lo que ya no es suficientemente nuevo, en nombre de lo que es lo más reciente posible. El único criterio aceptado por la conciencia neurótica de sí mismo del postmoderno (...) se basa en la discriminación "progresista"/"reaccionario", "reciente"/"viejo", "actual"/"caducado", "al compás del tiempo"/"atrasado", "revolucionario"/"conservador"»²⁴.

Huir hacia delante no parece una solución mucho mejor que la anterior. En *El ser y el tiempo* (1927) Heidegger tipificó como sujetos de existencia inauténtica a los «ávidos de novedades», siempre agitados por ese compulsivo afán de «buscar sólo lo nuevo para saltar de ello nuevamente a algo nuevo». Son individuos que «carecen de paradero» y viven en «constante desarraigo existencial»²⁵.

Quienes se dejan arrastrar por los cambios carecen en realidad de identidad. Si un ser cambia tanto

que prácticamente se transforma en otro, se destruye; ya no es *ese ser*, sino *otro*. Y si esto lo hiciera muchas veces, acabaría *no siendo*; como el dios Proteo –aquel que cambiaba de forma a voluntad, transformándose sucesivamente en león, serpiente, leopardo, cerdo, e incluso agua y árbol (de él deriva nuestra palabra «proteico»)– que, al ser todo, no era en realidad nadie.

3. *Discernir qué cambios son benéficos y cuáles dañinos*

Naturalmente, Heidegger no quería decir que debiéramos rechazar por sistema cualquier cambio. Cuando Bossuet decía al Protestantismo: «Cambias, luego no eres la verdad», se arriesgaba a que le contestaran: «No cambias, luego no estás vivo».

Acertó con la formulación exacta André Comte-Sponville en su *Pequeño tratado de las grandes virtudes*: «Tenemos derecho a cambiar de ideas, pero sólo cuando es un deber»²⁶; es decir, cuando tenemos pruebas fehacientes de que estábamos equivocados o bien comprobamos que lo que nos ayudó en un tramo de nuestra vida aho-

²⁴ PATAPIEVICI, HORIA-ROMAN, *El hombre reciente. Una visión crítica de la modernidad*, Áltera, Barcelona, 2006, p. 100.

²⁵ HEIDEGGER, MARTIN, *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2.ª ed., 1977, § 36, pp. 189-192.

²⁶ COMTE-SPONVILLE, ANDRÉ, *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Espasa-Calpe, Madrid, 1996, p. 36.

ra nos impide seguir creciendo²⁷; nunca «porque sí».

La persona psicológicamente sana (igual, por otra parte, que una sociedad) necesita a la vez de arraigo e innovación. «El arraigo –escribía Simone Weil– es quizá la necesidad más importante y menos reconocida del alma humana. Resulta una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz por medio de la participación real, activa y natural, en la existencia de la colectividad, la cual mantiene vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del porvenir»²⁸.

Por eso, la única postura correcta es discernir los cambios que se producen en la sociedad a partir de nuestras propias raíces (y los cristianos haríamos bien en no olvidar lo que decía San Agustín: «Mi raíz es Cristo»)²⁹. Estoy

hablando de individuos que estudian con seriedad el pasado, observan el presente con simpatía no exenta de espíritu crítico y se muestran serenos ante las exigencias del futuro. Esos individuos, que aplican el consejo paulino de «examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Tes 5, 21), se me antojan parecidos a aquel escriba alabado por Cristo porque acertaba a guardar en sus arcas lo viejo y lo nuevo (cfr. Mt 13, 52).

Al final de la película *2001. Una odisea en el espacio*, cuando el nuevo tipo de hombre se proyecta hacia el futuro, se escucha una de las músicas más tradicionales y ligadas al pasado reciente: un vals vienés. «El símbolo –piensa Rovira– está claro: La resuelta voluntad de entrar en un futuro desconocido no tiene por qué ir acompañada del desarraigo cultural que haga *tabula rasa* del conjunto de formas de vida ancestrales ligadas a unos tiempos y a unos espacios concretos»³⁰. ■

²⁷ Cfr. GARCÍA-MONGE, JOSÉ ANTONIO, «Aprender a desaprender», en ALEMANY, CARLOS (ed.), *14 aprendizajes vitales*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 3.ª ed., 1998, pp. 13-22.

²⁸ WEIL, SIMONE, *L'enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*, Gallimard, Paris, 1949, p. 45.

²⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Réplica a las cartas de Petiliano*, lib. 1, cap. 7, n. 8 (*Obras com-*

pletas de San Agustín, t. 33, BAC, Madrid, 1990, p. 52).

³⁰ ROVIRA I BELLOSO, JOSEP M., *Fe y cultura en nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 1988, p. 150.